

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES SEDE ECUADOR
AREA DE HISTORIA
PROGRAMA DE POSTGRADO EN HISTORIA ANDINA 1989-1991

Tesis presentada a la Sede Ecuador de la Facultad
Latinoamericana de Ciencias Sociales

por

MARTA IRUROZQUI VICTORIANO

Como uno de los requisitos para la obtención del grado de
Maestro en Historia Andina

PROFESOR ASESOR: XAVIER IZKO

Junio, 1992

INDICE

FUNDAMENTOS SOCIOCULTURALES DE LA ELITE PACENA, 1899-1920

INDICE	II-IV
INTRODUCCION	V-XIII
CAPITULO I. LA ELITE EN LA HISTORIOGRAFIA SOBRE BOLIVIA	2
1. Precisiones conceptuales. La elite del poder	3
2. Las élites y el Estado Nacional en la historiografía boliviana	12
3. Hipótesis de trabajo. Nuevas propuestas sobre la élite boliviana	17
Notas	24
CAPITULO II. LA GUERRA FEDERAL DE 1899. CRISIS Y REMODELACION DE LA ELITE BOLIVIANA	27
1. Principales tendencias historiográficas acerca de la Guerra Federal de 1899	29
1.1. Acerca de las causas del conflicto	29
1.2. Sobre la participación indígena	33
1.2.1. Intervención indígena autónoma y premeditada	34
1.2.2. Intervención indígena forzada por los acontecimientos	37
2. Propuesta de Investigación. Otra manera de entender la Guerra Federal	40
2.1. El conflicto entre federales y unitarios	40
2.2. La participación indígena	47
2.2.1. La campaña proselitista de los liberales en el Altiplano	47
2.2.2. Las razones del indio. Significado de Mohoza	51
Notas	64

CAPITULO III. LAS ELITES Y LA CUESTION DEL INDIO	70
1. Culpables o inocentes. La élite y el debate sobre qué hacer con el indio	72
1.1. Términos generales del debate	72
1.2. El indígena, elemento degradador. Alternativas para neutralizarlo	74
1.3. La defensa del indio. El ejemplo de Bautista Saavedra en el Juicio de Mohoza	76
Notas	80
CAPITULO IV. LAS RESISTENCIAS AL PROYECTO LIBERAL. LAS PROPUESTAS A FAVOR DE "LA REDENCION DEL INDIO"	86
1. La construcción de la imagen del indio	87
2. Los intelectuales y la simbiosis indio-mestizo	91
2.1. Argumentaciones generales sobre la posibilidad de "Redención del indio"	92
2.2. La redención del indio y del mestizo a través de las obras de Alcides Arguedas, Franz Tamayo y Armando Chirveches	94
2.2.1. Propuestas sobre el indio	97
2.2.1.1. La población indígena impide el desarrollo nacional	97
2.2.1.2. Propuestas para solucionar el atraso indígena. La Reforma educativa en <u>Creación de la Pedagogía Nacional</u> de Franz Tamayo	100
2.2.1.3. La crítica de Alcides Arguedas a los terratenientes. El ejemplo de <u>Raza de bronce</u>	103
2.2.1.4. El indio de los intelectuales	111
2.2.2. Propuestas sobre el mestizo	113
2.2.2.1. El indio no debe convertirse en mestizo	113
2.2.2.2. El control de la capacidad electoral del mestizo. La <u>Candidatura de Rojas</u> de Armando Chirveches	115
Notas	126

CONCLUSIONES	132
ABREVIATURAS	140
PERIODICOS	141
BIBLIOGRAFIA	143

CAPITULO IV

CAPITULO IV

LAS RESISTENCIAS AL PROYECTO LIBERAL. LAS PROPUESTAS A FAVOR DE LA "REDENCION DEL INDIO"

A partir de las obras de intelectuales, como Alcides Arguedas, Franz Tamayo y Armando Chirveches, este capítulo analiza el trasfondo de los discursos y ensayos a favor de la incorporación nacional del indio. Los autores mencionados se han escogido porque son los principales conformadores de esta corriente que recibe el nombre genérico de "Redención del indio". La importancia del tema no sólo, está circunscrita al indígena sino que, en última instancia, se refiere al modo de controlar la capacidad electoral del mestizo. Se trata de incidir de nuevo en la idea de que las relaciones de poder no se mantuvieron únicamente mediante actos represivos, sino por medio de una política consensual que involucró a los sectores subalternos hasta el punto de hacerlos definidores de su propia subordinación.

1. La Construcción de la Imagen del Indio

Como se ha visto en el capítulo anterior, de las dos formas de considerar al indio, fue la que abogaba por su inocencia y necesidad de tutela la que tuvo mayor incidencia y representación en la vida política del país. Esta fue la imagen que asumió oficialmente un gobierno dispuesto a la integración del indio a partir de su conversión en trabajador útil y soldado patriota. También se mostraron conformes con ella aquellos otros grupos que habían quedado fuera del poder. Esto pone de manifiesto la existencia de consenso dentro de la élite respecto a cómo apropiarse de las ventajas que ofrecía el trabajo indígena. Nadie negaba que para ello se requiriese previamente su conversión en individuos pacíficos dispuestos a admitir la "superioridad blanca".

El desacuerdo en el interior de la élite no radicaba en cómo obtener las mayores ventajas de la población indígena, sino en qué fracción de élite sería la encargada de dictar las directrices del empleo del potencial indio. El grupo que lograra la hegemonía sobre él tendría mayor posibilidad de intervención política que aquellos otros excluidos de su control. En consecuencia, la meta que se proponía cada fracción de la élite, de algún modo relacionado con la cuestión india, era conseguir que se la reconociera como la única capaz de llevar a cabo la tarea de convertir al indio en un sujeto no agresivo y proclive a trabajar "por la nación". Para que ese reconocimiento fuese posible comenzó toda una campaña de propaganda "sucía" en la que se descalificaba demagógicamente al contrario. El eje de esas argumentaciones giró en torno a la necesidad que tenían los indios de que les fuesen retiradas las cargas fiscales para dejar de ser peligrosos. La fracción de élite en el gobierno, cuyos beneficios económicos no se circunscribían sólo a sus posesiones agrarias y a su poder local, defendió la eliminación de las exacciones tributarias:

"...es también justicia y conveniencia para el Estado, quitar las gabelas e imposiciones forzosas que pesan exclusivamente sobre comunarios y colonos, que ocupan casi toda la vasta extensión de

la república. Los diezmos y las primicias, recargo injustificable sobre la contribución territorial, las obligaciones para con los funcionarios, jueces, corregidores y curas; las exacciones denominadas auxilios para soldados y rabinas, y el catálogo sin fin de usurpaciones que hacen gemir al indígena, apartándolo más y más del Estado" (1).

Esta postura fue interpretada por los poderes locales del medio rural como una estrategia del gobierno liberal para apropiarse de todos los beneficios sustraídos a los indios. En consecuencia, terratenientes, curas y corregidores se vieron en la obligación de defender su derecho a la explotación del indígena, ya que estaba en juego la conservación de sus privilegios, fuentes de riqueza y esferas de poder.

Estas disensiones en el grupo dominante, el descontrol del gobierno sobre las acciones de terratenientes y corregidores en el campo, y la acción proselitista de la Iglesia entre los campesinos, obligaron al gobierno liberal a mantener una actitud de descalificación de cualquier otro poder que pusiera en duda su potestad. De ahí que se dijera que el cobro de impuestos y el pongueaje eran "verdaderos anacronismos" y que la "recaudación da ocasión a los subprefectos y corregidores a ejercer un despotismo ultra y cometer todo género de exacciones en contra del infeliz indígena", lo que "es motivo y origen constante para la resistencia y odiosidad casi connatural que el indígena alimenta contra la raza española" (2). Esta actitud hacia el indio fue el modo en que el gobierno expresó la necesidad de una élite hegemónica para la continuidad del proyecto, que no existiría hasta que se unificara el control de todas las instancias del poder. De ahí que durante este periodo se realizase una política centralizadora justificada por la necesidad de progreso y modernidad que demandaba el país. Cuando se pensó en abolir la contribución indígena no sólo se pretendió crear pequeños propietarios que en breve tiempo se convirtieran en colonos de hacienda, sino que primó la voluntad gubernamental de que los poderes locales tradicionales quedasen supeditados a uno central. Por eso la crítica al terrateniente, al corregidor y

al cura no iba dirigida a neutralizarlos. En realidad, se pretendía que sus beneficios revirtiesen en última instancia en el Estado, esto es, en el instrumento encargado de mantener el orden social tradicional.

De las muchas propuestas elaboradas por la élite y destinadas a resolver el problema indígena, esta Tesis de Maestría analizará las referidas a la reforma de la educación y a la militarización del indio. Ambas fueron expuestas como soluciones complementarias, siendo previa la reforma educativa y quedando la instrucción militar sólo aplicable a aquellos indígenas que resultasen excedentarios como mano de obra en el campo y en las minas. Puesto que en ambas soluciones se parte de la consideración de que el indio es constitutivamente diferente de los otros ciudadanos más evolucionados, se afirma que éste carece de la conciencia moral necesaria para el desarrollo de su libre albedrío y que, por tanto, necesita tutela. Dejado al margen el problema de quién la ejercería, el Estado, la Iglesia, los terratenientes, las autoridades de los pueblos o los militares, garantizaría su protección contra los peligros de una rápida evolución hacia la ciudadanía, de la demagogia o faccionalismo político y de los abusos de los terratenientes. Allí era donde se incubaban "la atmósfera ingrata del odio real y de facto desprecio en que el colono español y el blanco republicano han envuelto y envuelven a la raza" (3). De esta manera, además, la nación boliviana se protegería también de las particulares formas de pasión, sentimiento y peligrosidad inherentes a la psicología indígena. Una vez solucionados esos inconvenientes, los indios podrían transformarse en ciudadanos productivos, integrados en la economía capitalista y purgados de su distinción cultural. Para que todo ello fuese posible era necesario mejorar la imagen del indio ante la opinión pública y hacerlo de un modo que no afectara a la obra de reestructuración de la élite llevada a cabo por el Partido Liberal.

Los ensayos y novelas que se van a analizar a continuación expresan en buena medida el esfuerzo por dirimir las competencias en el interior del grupo privilegiado. El armazón

discursivo que se utilizó para ello fue la interrogante acerca de cómo construir una futura nación boliviana a partir de la existencia del indio y del mestizo. El resultado fue el reconocimiento del segundo como la base de la nueva comunidad moral al considerársele un híbrido de las culturas europea y andina. Pero se trató sólo de un reconocimiento discursivo, porque lo "cholo" fue tan negativo para los criollos como lo indígena.

2. Los Intelectuales y la Simbiosis Indio-Mestizo

Este apartado analiza las soluciones que proponen tres autores representativos del mundo intelectual boliviano en las primeras décadas del siglo XX, Alcides Arguedas, Franz Tamayo y Armando Chirveches (4), al problema indígena y a la relación que existe entre el indio y el mestizo (5) respecto a la cuestión electoral. Ambos temas conllevan una discusión sobre la viabilidad de convertir a Bolivia en un Estado-nación moderno, cuyo trasfondo encubre, en realidad, la competencia en el interior de la élite (6) por controlar el poder político (7) a principios del siglo XX (8). El estudio de las cuestiones aludidas ofrece las soluciones que le dan estos autores, relacionándolas con un proyecto intelectual de participación política. Dicho proyecto, a su vez, está inserto y responde a los imperativos elitistas de perpetuación del orden establecido a través del cambio controlado.

Para favorecer la comprensión de los textos manejados se considera útil una descripción modelo del escritor boliviano de principios del siglo XX. Esta se hace bajo la premisa de que cuando se deja de considerar un libro como un producto exclusivamente literario y se le ve como testimonio de personas que expresaban mediante analogías, no siempre conscientes, sus sentimientos, sus tendencias, sus modos de experiencia y conducta, se llega mejor a entender la ideología de estas personas y su entorno.

El intelectual boliviano de principios del siglo XX solía ser un individuo perteneciente a la élite pero no ligado a la fracción en el poder, aunque posiblemente si lo habían estado sus antecesores. Podía militar en el partido gubernamental, pero su puesto no respondía a lo que consideraba como lo adecuado a sus méritos. Es decir, no ocupaba un lugar con capacidad de decisión política ni de intervención en el diseño del orden social. Su origen acomodado le había abierto expectativas que llegado el momento desaparecieron, dejándole al margen de la dirección del país, por lo que se creía injustamente tratado. Este relegamiento forzoso del centro social

lo sumía en una marginación crítica y desencantada que le convertía en un rebelde frente a la sociedad en la que vivía. Opinaba que como ésta reunía todos los vicios que impedían el progreso del país, era necesario fustigarla y caricaturizarla desde una posición de pureza y honestidad absoluta que solía ejercerse a través de los periódicos.

El intelectual boliviano era un integrante más de los desposeídos de la élite, que compensaba su postergación política con una actitud de autosuficiencia con la que daba muestras de saber la raíz de los males de la nación y su solución. Se consideraba la conciencia del país y como tal pretendía ser reconocido, ya que esa cualidad le otorgaría una función en la vida nacional. La disconformidad con el ordenamiento social en el que viven, expresada en una crítica a la oligarquía, no pretende una mejora de las condiciones generales de vida, es decir, la ruptura de las divisiones sociales y étnicas, sino una oportunidad de status social para ellos mismos. En este sentido, la actividad literaria fue un enclave social de retirada para los vencidos políticamente o los excluidos de la acción política. Por esta razón, sus testimonios resultan imprescindibles para analizar los obstáculos con los que se encontraba la élite para su supervivencia.

2.1. Argumentaciones generales sobre las posibilidades de redención del indio

De las corrientes de opinión expuestas acerca del indio inocente o culpable, Franz Tamayo, Alcides Arguedas y Armando Chirveches pertenecen a aquella que esboza un programa de reivindicación cultural basado en un conocimiento sistemático de la sociedad, el comportamiento y la explotación indígenas. Se parte de la imagen de un indio amorfo y pasivo que necesita que alguien hable por él y le respresente. Se defiende que su estatus social y moral deberá ser creado y constituido por los intelectuales, quienes se considerarán sus portavoces a la vez que los únicos capacitados para tener una visión acertada de una nueva comunidad moral boliviana. Para

probar esta aseveración se necesitaba un estudio clínico y disciplinado de las fuerzas objetivas causantes del comportamiento indígena. Una clasificación científica basada en el ambiente social, la higiene, los sentimientos morales e inclusive el patriotismo haría posible el control y la eliminación de las causas ambientales y fisiológicas que daban lugar a un comportamiento criminal.

Se inicia, por tanto, el compromiso no sólo de defender sino sobre todo de "crear" al indio como sujeto legal y tipo étnico básico, que anula la noción de cultura nacional como un diálogo entre iguales. Este discurso paternalista especulaba con las posibilidades del indio en un Estado-nación moderno sin considerar seriamente su participación en calidad de ciudadano. De ahí que el carácter de la reivindicación histórica y cultural implicara una reforma educativa previa que explicitase la función laboral y social de los indígenas. Su instrucción se privilegió como uno de los aspectos centrales de su petición cultural y política y, también, como el más adecuado para llevar a cabo su integración al tiempo que su mejora y la de la sociedad que supuestamente oprimía al indígena. Los intelectuales, más que pretender un ataque real a los privilegios criollo-mestizos justificaron el proteccionismo de los proyectos educativos de manera que estos se hiciesen en nombre de los indígenas pero no por ellos mismos.

El desafío que creaba la diferencia cultural india a las entonces prevaletientes nociones de nacionalidad y comunidad nacional fue canalizado hacia el terreno de las reformas educativa y militar (9). Era un terreno abonado sobre el que los intelectuales podían cuestionar las formas en las que el Estado había construido sus registros y normas de ciudadanía. Las reformas propuestas no se redujeron a una crítica de la política gubernamental, sino que su valor residía más bien en que representaban formas de comunidad y tradición pertenecientes a las distintas fracciones de la élite. La pugna política era el campo de batalla más adecuado para expresar su opinión a partir de una preocupación compartida por la élite: qué hacer con los sectores subalternos. Su reforma y adaptación a

una nueva sociedad equivalía al alegato en favor de los despo-
 seidos de la élite y a su derecho de ostentar el poder. Por
 esta razón, expresan la necesidad de proteger al indígena a
 través de la preservación de su separada situación cultural y
 jurídica dentro de la comunidad nacional ciudadana, antes que
 optar por dejarle participar en la vida pública sin reformas
 previas. El indio sólo puede contribuir al desarrollo económi-
 co, al progreso moral y al nacionalismo boliviano bajo estric-
 tas y científicamente desarrolladas leyes de tutelaje, protec-
 ción y preservación.

2.2. La redención del indio y del mestizo a través
 de las obras de Alcides Arguedas, Franz Tamayo y

Armando Chirveches

Establecidos los parámetros generales de compren-
 sión, se proponen como modelos del discurso dominante entre
 los intelectuales los trabajos de Alcides Arguedas en Pueblo
Entermo (1909) y Raza de Bronce (1919), de Franz Tamayo Creas-
ción de una Pedagogía Nacional (1910) y de Armando Chirveches
La Candidatura de Rojas (1908). La elección de estas obras
 obedece a la trascendencia que tuvieron en la definición de
 los términos de la coexistencia de los distintos grupos socia-
 les y étnicos. El debate no empezó ni concluyó con ellas,
 aunque sí quedó resumido como referencia común en la conforma-
 ción ideológica de los partidos políticos.

Alcides Arguedas expone en Pueblo Entermo (1909) su
 pretensión de curar las enfermedades sociales con ayuda de la
 ciencia positivista. Se trata de una crítica global de la
 sociedad y la política boliviana construida a partir de la
 denuncia de la decadencia de la raza, la corrupción política y
 el atraso cultural, "y es ahora que en este libro encontraran
 los bolivianos la explicación de nuestra actual desgracia y
 hallarán lecciones de energía los jóvenes" (10). Estas referen-
 ciones habían aparecido ya en su primera novela Vida criolla
 (1905) y quedaron más tarde reafirmadas en Raza de Bronce
 (1919). En esta novela se ejemplifican las afirmaciones pre-

sentos en el ensayo a través de una historia que describe la opresión del indio, el autoritarismo mestizo y la decadencia blanca, paralelamente a la usurpación de las tierras de los indios y su esclavitud en las haciendas, el establecimiento de un sistema despótico de privilegios patronales y el desconocimiento de los derechos humanos en los sectores populares.

Por su parte, Franz Tamayo en Cruación de la pedagogía nacional (1910) propone reorganizar el país de acuerdo con exigencias vitalistas. Elabora una tesis geo-socio-antropológica en torno al problema de la creación de una ideología basada en el carácter nacional. Busca "disociar científicamente, y por medio de una crítica comprensiva, todos los elementos raciales de que consta nuestra naturaleza de bolivianos, para deducir métodos y leyes integrales sobre qué fundar una pedagogía nacional" (11).

Con una temática distinta, Armando Chirveches con La Candidatura de Rojas (1908) cuenta el funcionamiento de los partidos políticos bolivianos. A través de un relato caricaturesco describe el conflicto de competencias entre el gobierno y los poderes centrales, la lucha en el interior de éstos y la necesidad que los partidos tenían de actuar a través de las clientelas políticas si deseaban el triunfo de su candidato. Ese retrato de la manipulación del voto sintetiza uno de los objetivos del texto, el de demostrar la inmadurez e incapacidad política de la población "chola" para participar en las elecciones.

Aunque discrepaban en los principios y los procedimientos, los trabajos de los autores aludidos intentaban enjuiciar y resolver una misma realidad, y al hacerlo expresaban no sólo las divergencias políticas en el seno y fuera del Partido Liberal sino también la preocupación de un sector de la élite por la irresolución de la cuestión nacional. En vez de referirse al desinterés del propio grupo social, su reflexión se desvió hacia una disconformidad con el atraso y una invocación exagerada del progreso. La crítica al tipo de modernidad que existía en Bolivia no se refirió en ningún momento de forma directa o fundamental a los móviles de la

gestión política, sino a otro tipo de consideraciones que se sintetizaron en el medio geográfico y la raza, sin implicar esta última situaciones de clase o de grupo. La geografía agreste y los indios hostiles fueron las principales razones aducidas para explicarse tanto la ausencia de una cultura boliviana como la inexistencia de Bolivia como nación.

Con tal afirmación no sólo desviaron las motivaciones de la élite sino que diseñaron mejores mecanismos de legitimación de la subordinación social. El esfuerzo por erradicar falsas imágenes sobre el indio-campesino a fin de distender los miedos interiorizados de la mancomunidad criollo-mestiza fue un ejemplo de esas estrategias. Esto no significaba abandonar sus presunciones respecto a la naturaleza de la diferencia cultural y social y la relación entre carácter cultural y medio ambiente.

Los textos mencionados no fueron editados en el mayor momento de efervescencia de las rebeliones indígenas e invasiones de tierras en las décadas del 1880 y 1890, sino en un periodo en el que aún se respiraban las consecuencias que tuvo para los indios la Guerra de 1899 y su alianza con el Partido Liberal. La distancia de diez años permitía la defensa del indio y el reconocimiento de su marginación una vez que eran evidentes el fracaso de los juicios promovidos por indígenas ante las iniciativas de expropiaciones de tierras por parte de los terratenientes criollo-mestizos (12) y la escasez de sus movilizaciones (13). Se trata también de un momento en que comienza a intuirse un cierto cansancio y desencanto campesino frente a la ausencia de respuestas que suavizaran su situación y, por tanto, un momento adecuado para poner en marcha planes que, si bien no respondían a los requerimientos indios, si suponían una promesa de atenderles como ciudadanos y ubicarles como tales. Se pretendió cortar una nueva explosión de las demandas indias, pero, esta vez, con soluciones que resolviesen de modo más eficaz la situación de desasosiego y amenaza potencial que se vivía en el campo. No se trataba de solucionar el problema indígena sino de quitarle su connotación de peligro, de aprovechar las cualidades de su trabajo en

beneficio de la nación, pero de una forma en la que los mismos indios encontrasen acomodo para así disuadirlos de sus requerimientos.

Para concretar lo expuesto, el resto del capítulo aborda en detalle las concepciones que Arguedas, Tamayo y Chirveches desarrollaron sobre el indio y el mestizo. Los dos primeros autores permiten realizar un análisis sobre lo que la mancomunidad criolla-mestiza quería y esperaba de la población indígena y mestiza, mientras el trabajo de Chirveches está únicamente referido a esta última. En todo caso, los tres tratan la cuestión nacional y la capacidad electoral de los "cholos", ya que en última instancia el qué hacer con el indio se convierte en el qué hacer con el mestizo. La reflexión sobre estos temas ayuda a definir la importancia, significado y alcance del problema indígena en el debate nacional en relación al problema crucial de la tesis, la circulación y reproducción de las élites.

2.2.1. Propuestas sobre el indio

2.2.1.1. La población indígena impide el progreso nacional

El novelista Mataniel Aguirre a propósito de los males de la nación decía en la Asamblea Constituyente de 1871:

"¿A qué atribuir este fenómeno irregular?, ¿Cómo salir de este espantoso círculo a que parece condenado por el destino?. La causa, ¿está en los vicios de nuestra educación?, ¿está en nuestra indolencia, en nuestra raza, en nuestra sangre, en fin, como pretenden algunos?, ¿O está en nuestras difíciles condiciones topográficas que se oponen al desarrollo de la industria, a la expansión de nuestras facultades...?, ¡Ah! señores diputados, permitidme decirlos que hay algo de todo eso" (14).

Este discurso expresaba la demanda de algunos sectores sociales de conformar Bolivia como un Estado regional y étnicamente integrado. Como ya se ha visto, tal preocupación se mantuvo en las décadas siguientes y se manejó a nivel de

discurso para definir el grado de patriotismo presente en cada uno de los partidos políticos que luchaban por la presidencia de la República. La búsqueda de razones que explicasen por qué Bolivia no había podido conformarse como un Estado-nación conllevaba la disconformidad de algunas fracciones de la élite con el clima social y político de principios de siglo. Pero este malestar no iba dirigido contra el sustrato gobernante, sino contra los sectores más marginales del país, a quienes se culpó de ser el mayor impedimento para el progreso de Bolivia. Las obras de Tamayo, Arguedas y Chirveches mantienen ese punto de vista, con lo que a pesar de algunas críticas al primer gobierno de Ismael Montes (1904-1909), no sólo aceptaron el orden creado por la élite liberal sino que lo reforzaron: dieron validez a los argumentos sobre la incidencia del factor raza en toda esta problemática y por tanto terminaron reforzando la legitimidad del régimen liberal. Esto, a través del problema indígena, vió convertidos en sus aliados a los mismos grupos que habían cuestionado su derecho al poder. Todos los miembros de la mancomunidad criollo-mestiza hicieron causa común contra el indio, quedando la política liberal refrendada por quienes la sufrían. La crítica intelectual lo confirmó y al hacerlo liberó a la élite de las preocupaciones nacionales. Estas recayeron desde entonces sobre indios y mestizos, y a partir de ellos se intentaron comprender las causas del supuesto fracaso nacional boliviano. Como éstas residían en la geografía y en la raza, la mejor solución que se presentó fue plantear la reforma militar y de la instrucción pública.

En última instancia los tres escritores buscaban una solución de gobierno, como lo especificó Tamayo:

"no se desconoce nunca la idea maestra de todas nuestras especulaciones sobre esta materia. Esta idea es gobernar (...) lo primordial y fundamental es gobernar" (15).

Esta preocupación política, en vez de convertirse en una crítica antigubernamental directa, redujo los problemas del poder a una cuestión étnica. Así, para Arguedas ningún miembro

de la sociedad resultaba válido en su estado presente: ni el indio, porque como miembro de una raza vencida era servil, pasivo, sumiso; ni el blanco porque era arrogante, brutal, despóta, "empleomaniaco", palaciego, etc.; ni el mestizo, ya que era la mezcla pervertida de ambas razas (16). Nadie resultaba útil sino era sometido antes a una reforma moral, porque para llegar al progreso era necesario "ilustrarse, aprender y enriquecerse" (17).

Ese inconformismo hizo que los tres autores consideraran al indio como el causante de los rasgos negativos ya señalados por su radical oposición cultural a lo europeo:

"nuestros pueblos hispanoamericanos no pueden ofrecer los mismos caracteres de perdurable firmeza que los del occidente europeo, porque aparte su reciente formación, que es un obstáculo a todo desarrollo, sus primitivos elementos étnicos estaban muy lejos de encontrarse aptos y adaptables a las nuevas condiciones de cultura y civilización que se les exigía" (18).

No es que se negara con ello la posibilidad de Bolivia como un Estado-nación moderno, sino que, al insistir en el atraso de los indios, se buscaba legitimar sin oposición cualquier tipo de medida arbitraria respecto a ellos:

"graves males provenientes, en primer término de desgraciados atavismos y, en segundo, de una educación defectuosa e incompleta, o mejor, de la absoluta falta de educación, y para explicar este estado y como legítimo alegato en abono del relativo malestar del país, hay que insistir en declarar que es profundo el desacuerdo existente entre el territorio y la calidad de su población. Los elementos étnicos que en el país vegetan son absolutamente heterogéneos y hasta antagónicos. No hay entre ellos esa estabilidad y armonía que exige todo progreso, pudiendo decirse que aún está en germen el carácter nacional propiamente dicho, y, por lo tanto, no se siente animado de impulso consciente, capaz de engendrar un movimiento de actividad creadora" (19).

Los indios tenían que someterse, en consecuencia, a una instrucción elaborada en su nombre y no por ellos mismos, a una instrucción encabezada por un grupo de intelectuales que

vió una oportunidad de expresión y de ubicación política. Al dejarles el monopolio del discurso educativo el gobierno estaba distraendo la presión de la competencia al tiempo que se liberaba de toda responsabilidad nacional. Por otra parte también se consiguió un rediseño del indio según las necesidades de la clase dominante:

"¿Qué se debe hacer del indio?. Su tradición y su natural inclinación le llaman hacia la tierra. Será siempre un agricultor de buena voluntad, mucho más si llega a conocer los modernos procedimientos. La fortaleza de su cuerpo lo capacita para ser un excelente minero. Su gran sentido de régimen y de disciplina, su profunda e incomparable moralidad hacen del indio un soldado ideal, probablemente como no existe superior en Europa. Soldado, minero, labrador, esto es ya el indio, y lo es de manera inmejorable, en cuanto puede serlo alguien que lo ignora todo, y de quién nadie se cura sino para explotarle. Una educación sabia debería desarrollar estos tres tipos de indio" (20).

Así, en el esquema social propuesto el indio jugaba un contradictorio papel social. Unas veces aparecía como una raza envilecida, y otras, como una promesa del robustecimiento de la nación. Pero veamos más despacio como cada uno de los autores analizados propone solucionar el problema nacional y el uso que hace del indio en este proceso.

2.2.1.2. Propuestas para solucionar el atraso indígena. La Reforma educativa en Creación de la Pedagogía Nacional

Para Franz Tamayo hay que estudiar el alma "de nuestra raza, que es trabajo de verdadera creación", y a partir de ella, tratar "de crear el carácter nacional que seguramente es en todo diferente al europeo" (21). Para lograrlo es necesario despertar la conciencia nacional que equivale a despertar las energías de la raza, y esta energía es "lo que no se puede plagiar jamás y lo que justamente creemos que existe en nuestras venas" (22). Con estas afirmaciones, se opone a aquellos que niegan que un grupo producto de diferentes elementos étnicos pueda tener un carácter nacio-

nal y una ley biológica propia. En contrapartida tiene que demostrar la validez de los elementos étnicos del país, y como el indio es el depositario de la energía nacional, gran parte de su propuesta está encaminada a hacer de él un factor de progreso: "civilizar al indio significaría el despertar de la raza y la reposición de las cosas" (23).

Para Tamayo, el indio demuestra su potencial capacidad nacional al manifestarse autodidácto, autónomo y fuerte a pesar de su depresión histórica, de su indignidad social, de su pobreza, de su aislamiento, y de la hostilidad del blanco. Es el único que se "toma en serio la tarea humana por excelencia: producir, producir incesantemente en cualquier forma, ya sea labor agrícola o minera, ya sea trabajo rústico o servicio manual dentro de la economía urbana" y también es un factor de primer orden en aquellos momentos en que la República entra en crisis y siente su estabilidad amenazada militarmente. De ahí que defienda su participación en las funciones de la cosa pública y condene su exclusión de ella bajo la excusa de la falta de conocimientos en que se mantiene. Para que este argumento resulte inválido, es necesaria la reforma de la instrucción primaria que implica "una cuestión más trascendente, tal vez porque se refiere a la formación de la nacionalidad misma: la difusión de la lengua española entre los indios", es decir, "la hispanización de lo indio" (24). Y esto supone la reeducación de quienes gobiernan ya sea en un sentido estatal como social. "Se trata de educar a todos los que por ley, por la sangre, por la educación, por las costumbres y a veces por la sola casualidad, están por encima del indio autóctono" (25).

Con la anterior argumentación, Tamayo no pretendía remover ninguna estructura social sino favorecer una situación en que la hostilidad del indio fuera benigna y útil al desarrollo del país. El empleo de nuevos criterios sociales y étnicos para rehacer una nación que no es tal, significa un reacomodo de los grupos dominantes, con lo que en cierta forma se está pidiendo una nueva redistribución del poder en el interior de la élite. Y en este reordenamiento los intelectuales

les piden presencia política a través del monopolio del carácter del indio y las soluciones para su conversión en ciudadano provechoso. Son ellos quienes establecen no sólo el modo para hacerlo sino los agentes que tienen que llevarlo a cabo. La instrucción primaria es el primer paso que debe dar el indio en su incorporación en la comunidad nacional, pero no debe dársele si previamente no se ha producido una reforma de ésta ya que de no ocurrir así el indio pierde gran parte de sus virtudes fundamentales: "letrándose", se desmoraliza y se corrompe y "de honesto labrador o minero pretende ser ya empleado público, es decir, parásito nacional" (26). La instrucción pública puede contribuir indirectamente a menoscabar ciertas cualidades del carácter y del valor moral en el indio, y hacerle perder costumbres y concepciones que son "garantía de la vida y resorte de bienestar". Al aproximarse al cholo y al blanco pierde parte de sus buenas costumbres y adquiere casi todos sus defectos. Tamayo aconseja por ello que disminuir el contacto entre el indio y el mestizo hasta que este último no haya sido también sometido a una enseñanza reformada que anule sus vicios de carácter social y político y que le habilite para aprovecharse de las ventajas que comporta "una letradura sagaz y oportuna" (27). Se necesita comenzar con la reeducación de los blancos, después de los mestizos y más tarde a los indios para que así estos no sufran el "veneno moral" que significa su contacto mutuo.

Para Tamayo el mestizo es el elemento numérico y cualitativamente superior de la raza, y lo es gracias a que "siente en sus venas la sangre india invencida e invencible", la sangre de los depositarios de la energía nacional. Pero el indio sólo aporta al mestizaje moralidad y costumbres ya que, por sus condiciones sociales económicas y educativas, no piensa. De este modo, el mal de la pedagogía india no reside en él sino está en "los que nos llamamos y somos de hecho los directores y gobernantes de toda la vida nacional", es decir, en los intelectuales que ofrecen un programa de construcción nacional que les permita un lugar en la dirección del país. A partir de esto, condena por igual a indios y blancos y trans-

fiere al mestizo la legitimidad del boliviano. De ahí que se insista en que el fundamento de la resurrección nacional esté en la reeducación de los grupos superiores para que a su vez, éstos lleven a cabo "una sólida educación de su gran fondo étnico, esto es, los indios" (28). Sólo entonces el indio podrá aproximarse al mestizo y al blanco, y, por tanto, se dará el primer paso a "la verdadera grandeza nacional".

En consecuencia, la instrucción del indio es el "slogan" propagandístico de un sector social que pide presencia política y para lograrla muestra a modo de propaganda las cualidades laborales del indio. Se le defiende y se rescata su humanidad no porque se la reconozca sino porque ésta les permite un programa político reivindicativo que les hace presentes en las remodelaciones en el interior de la élite. El arma que emplean es saber obtener del indio todas sus ventajas como trabajador, pero este mérito no les impide reconocerle como peligroso ante las vejaciones e injusticias que viene sufriendo. Es más, les interesa mantener también esta imagen para así continuar manejando los miedos interiorizados por la mancomunidad criollo-mestiza en el mejor estilo del Partido Liberal, pero esta vez en su beneficio ya que representan un modo de control del indígena, esto es, la educación. La misión de la escuela es profundizar esta energía nacional y no diluirla en la blandura del intelectualismo. Con lo que si bien el problema indio es un problema real también lo es secundario, ya que únicamente se mantiene a nivel de discurso parlamentario que pretende el rediseño elitista de los que ostentan el poder. Porque el indio es progreso y es también miedo, la propuesta intelectual en realidad no va dirigida a qué hacer con el indio sino a qué hacer con quienes tienen su monopolio.

2.2.1.3. La crítica de Alcides Arguedas a los terratenientes. El ejemplo de Pueblo Enfermo y Raza de bronce

Frente a la interpretación de Tamayo, Arguedas considera al indígena como una rémora social. De no haber predominio de sangre india "desde el comienzo el país habría

dado orientación consciente a su vida, adoptando toda clase de perfecciones en el orden material y moral y, estaría hoy en el mismo nivel que muchos pueblos más favorecidos por corrientes migratorias venidas del viejo continente" (29). Además, el indio no ha conservado nada de la civilización que poseía en tiempos de la conquista. Eso le hace incapaz como opción de futuro, al contrario de lo que expresa Tamayo, para quién el indio no es poderoso por lo que puede llegar a ser sino por lo que ha sido en el pasado y por lo que puede conservar de él en el presente. Es a causa de esa perennidad metafísica que, aún viviendo en la opresión, para Tamayo sigue siendo "el fondo más sólido y el elemento más fuerte de las nacionalidades que al presente contribuyen a construir". En cambio, el paisaje del Altiplano en Arguedas se encuentra íntimamente unido a las características del comportamiento del indio. La conformación física de esta región le ha impreso rasgos duros en el carácter y constitución. Posee la dureza y aridez del yermo, y también sus contrastes:

"...porque es duro, rencoroso, egoísta, cruel, vengativo y desconfiado cuando odia. Sumiso y afectuoso cuando ama. Le falta voluntad, persistencia de ánimo y siente profundo aborrecimiento por todo lo que se le diferencia. Todo lo que personalmente no le atañe lo mira con la pasividad sumisa del bruto, y vive sin entusiasmos, sin anhelos, en quietismo meramente animal. Cuando se siente muy abrumado o se atacan sus mequetines intereses, entonces protesta, se irrita y lucha con extraordinaria energía. Hoy un día, ignorante, maltratado, miserable es objeto de la explotación general y de la general antipatía. Cuando dicha explotación, en su forma agresiva y brutal, llega al colmo y los sufrimientos se extreman hasta el punto de que padecer más sale de las lindes de la humana abnegación, entonces el indio se levanta, olvida su manifiesta inferioridad, pierde el instinto de conservación, y oyendo a su alma repleta de odios, desfoga sus pasiones y roba, mata, asesina con saña atroz" (30).

Con estas palabras, Alcides Arguedas no hace otra cosa que prevenir a las élites del Altiplano para que no pongan en peligro su situación de privilegio. De ahí que mantenga una postura contradictoria y ambivalente respecto al

indio. Tan pronto lo considera una raza en decadencia e inhabil para aceptar el progreso moderno y sin ningún tipo de espíritu emprendedor, como exalta sus costumbres y explica su situación de servidumbre a partir de los abusos cometidos por "frailes, funcionarios públicos y patronos" (31).

De ambas posturas, la segunda aparece relacionada de forma más directa con un esfuerzo de renovación en el interior de la élite a fin de asegurar su continuidad. La denuncia de la explotación indígena no tiene como fin su solución sino concientizar al grupo dominante de los peligros que corre su mantenimiento como tal si no toma una rápida solución frente al descontento de los sectores subalternos.

El discurso sobre la defensa del indio y el ataque a los terratenientes critica los abusos de los patronos con el fin de que estos tomen una postura más enérgica y efectiva acerca de la necesidad de modernización de sus propiedades. El aumento de la productividad y la mayor rentabilidad de las fincas son para Arguedas los instrumentos de lucha contra cualquier ataque contrahegemónico que ponga en duda la legitimidad de los que ostentan el poder. Pero para que la mejora agraria resulte efectiva es necesario disminuir la emigración india a través de una limitación de los malos tratos. Por tanto, los alegatos a favor de los derechos de dicha población tienen como propósito reformar el comportamiento de los terratenientes de manera que no favorezca posibles rebeliones que podrían romper la estabilidad social y política. No se propone un cambio de orden sino un mejor empleo de la fuerza laboral. Y eso explica por qué en el trasfondo de su discurso, el indio termine siendo culpable de su propia situación al permitir al terrateniente que le sobreexplota como fuerza de trabajo:

" si se le dijese que (el ferrocarril) también sirve para transportar cochinas se reirían del que tal dijese, y con la socarronería innata en ellos, señalarían los lomos de los indios y sus asnos, y objetarían que no hay tren más barato ni más cómodo que éste, es decir, que el asno y el indio" (32).

Los indios impiden la modernización y progreso de las haciendas al resultar tan fáciles de emplear, por lo tanto, se impone una defensa y crítica del tipo de explotación que sufren a fin de evitar que los terratenientes subestimen la mejora de sus propiedades. El desarrollo del país está limitado por las ventajas que los indios ofrecen como mano de obra, en consecuencia es necesario denunciar su empleo para que la élite no vea constreñidas sus posibilidades de evolución.

En el discurso de Arguedas, el fácil uso de la fuerza indígena no actúa a la larga en favor del grupo privilegiado ya que la hostilidad que genera puede conformarse en una fuerza capaz de derrocarlo o por lo menos capaz de favorecer su sustitución. Se temen, así, las represalias del indio no porque puedan provocar el exterminio de la mancomunidad criolla-mestiza sino por la oportunidad que puedan dar a las contra-élites en ascenso de hacerse con el control del país. El indio es un factor de distorsión en el conflicto que sostienen las distintas élites por el monopolio del gobierno, su existencia misma provoca que se le quiera emplear en la definición del conflicto entre éstas, tal como ya ocurrió en 1897, y por tanto se hace imprescindible controlar su agresividad y encauzarla de modo ventajoso para el sector dominante. Por esta razón, si Arguedas lamenta el hecho de que los blancos no cumplan su responsabilidad de redimir a la raza india, lo hace porque considera que se están poniendo en peligro como grupo privilegiado. Así, la crítica de Arguedas no va dirigida tanto contra la servidumbre de los indios como contra los abusos que éstos sufren y que originan que se rebelen, retardando así la producción y el progreso del país. Y también al denunciar los excesos cometidos por los blancos en lugar de protestar por la brutalidad de su represión, está advirtiendo sobre las consecuencias que conllevan los sentimientos de odio en los indios (33). Tales planteamientos quedan más claros en Raza de Bronce. Esta novela a través de los conflictos surgidos en una hacienda del Altiplano ejemplifica las afirmaciones hechas en Pueblo Enfermo.

Raza de Bronce está dividida en dos partes, el valle

y el yermo. La primera relata las vicisitudes que pasan un grupo de indios a los que el administrador de la hacienda a la que pertenecen les ha encargado la compra de granos en el valle. La segunda parte se concentra en los problemas que surgen entre una comunidad indígena y el hacendado de quien dependen. Dado que es en esta segunda parte donde se puede estudiar mejor la interpretación que hace Arguedas de la relación indio-patrón, el resto del análisis sobre el trasfondo de su obra estará centrado únicamente en ella.

Se trata de insistir en la idea de que la defensa del indio es un aviso a una reestructuración de la élite con respecto a los grupos subalternos. Con esto no se invalidan los argumentos de quienes insisten en que dicho debate esconde el enfrentamiento entre una oligarquía exportadora y una oligarquía tradicional de hacendados (34), pero dado que estudios recientes sobre la oligarquía paceña insisten en la diversidad de inversiones y actividades que ésta llevó a cabo, la dicotomía latifundistas versus exportadores no queda tan clara (35). En consecuencia, tampoco se discute que el debate político de comienzos de siglo XX girase alrededor del mejor uso que se podía hacer de la mano de obra india. Más que verlo en términos del enfrentamiento ya señalado sería conveniente examinarlo teniendo en cuenta que la regulación del trabajo indígena disminuía el peligro de su movilización. De esta manera, las contraélites en ascenso no tenían tan fácil el derrocamiento del gobierno, sobre todo porque su iniciativa en la discusión del problema indio les daba representatividad como activistas políticos sin que participasen realmente de la verdadera arena política.

A partir de esta novela, Arguedas establece dos críticas fundamentales a los terratenientes:

1. Son patrones ilegítimos no sólo porque obtuvieron las tierras gracias a acciones especulativas hechas durante el gobierno de Melgarejo sino "arrancaron la tierra de su poder, para distribuirla, como gaje de vileza, entre las mancebas y paniaguados del mandón" (36), y porque no supieron hacerlas productivas, lejos de ello, "sólo tuvieron la habilidad de

encontrar en el indio un producto valioso de fácil explotación y el talento de inventar nuevas cargas, sin osar ningún esfuerzo de modernización" (37). Como algunos terratenientes no mejoraron sus propiedades ni impidieron dar mayor cobertura de poder a la élite y favorecer su engrandecimiento, la sublevación indígena es una consecuencia lógica que tienen que enfrentar.

En última instancia el indio es culpable por su docilidad y conformismo con la situación de opresión en la que vive por lo que tiene mucho que ver en la ausencia de progreso en las haciendas. La facilidad con que se somete y las múltiples prestaciones que aporta son la justificación que Arguedas da al inmovilismo del terrateniente: "el indio era para él menos que una cosa, y sólo servía para arar los campos, sembrar, recoger, transportar las cosechas en lomos de sus bestias a la ciudad, venderlas y entregarle el dinero" (38). Su presencia es un factor de retroceso que impide a los hacendados buscar otras formas de explotación de la tierra. Así, no se condena la utilización de la mano de obra sino su estado de postración, "como las (haciendas) habían recibido de las manos perezosas de sus ociosos padres" (39) y, por tanto, se está apelando a su reforma, reforma que puede venir propiciada por un nuevo proyecto de educación que haga de los indios elementos productivos y anule su peligro potencial. La condena de los malos tratos al indígena no se contradice con que se les continúe considerando inferiores socialmente, lo que se pretende es que la élite tenga las mayores facilidades para concretar su continuidad y limitar la competencia de las contra-élites en ascenso que la desgasta constantemente.

2- Los terratenientes ocasionan la sublevación india al no cumplir con las obligaciones que se derivan del pacto de reciprocidad que mantienen con las comunidades indígenas. "quería el señor Pantoja ganar la voluntad de los colonos, cada día más distante, realizando con su presencia la ceremonia; pero olvidó con malicia mandar los artículos indispensables en ese caso" (40). Con esto están permitiendo que los indios tengan razones para rebelarse y, por tanto, poniendo en

peligro todo el proyecto de reestructuración de la élite ya que el descontento indio puede ser instrumentalizado por aquellos que ansían el poder.

Por otro lado, el incumplimiento del pacto cuestiona el mantenimiento del indio como tal al darle motivos para que deje su condición de comunario, "ellos no podían gran cosa. Únicamente que se les dejase libres en sus casas y no se recargasen sus tradicionales obligaciones con exigencias de nuevos trabajos" (41).

La readaptación de la población indígena a un estado más adecuado a los intereses de la élite, no pretende alejarla de las supeditaciones que implica su continuidad en la categoría de indios. En ningún caso se trata de hacerlos ciudadanos. es más, se insiste en las desventajas que existen en un cambio de estatus a través de su conversión en mestizos. A este respecto es interesante detenerse en la boda de Agiali y Wata-Wara, protagonistas indios de la novela y desencadenantes de la sublevación con que termina. Los rasgos de belleza y generosidad con que los describe el autor sintetizan la imagen ideal de un indio que ya no existe, de un indio de la mítica edad de oro incaica, es decir, de un indio capaz de enfrentar al patrón en la irrealidad, y, por lo tanto, un indio que no es amenaza en la vida cotidiana porque no existe. El hacendado real no tendría justificación en sus actos si actuase igual que Pantoja en la novela, si maltrata indios virtuosos, pero como la mayoría no lo son, "las mujeres mostraban las polleras en desorden, desnudo el seno y las espaldas, desgarradas las carnes, abominables de abandono y de embriaguez", la crítica del comportamiento del hacendado se invalida en si misma.

Más que resaltar la contradicción entre indio mítico e indio real, lo que el pasaje de la boda ofrece es un rechazo de la conversión del indio en mestizo. De Agiali dice: "iba vestido de cholo (...) y presentaba traza que a los ojos de sus paisanos era imponente y resultaba simplemente ridícula" y de Wata-Wara: "se presentó disfrazada de chola (...) era un adefesio consumado que provocaba risa cuando se la veía cami-

nar encogida por la intolerable estrechez de los zapatos" (42). Se valora al indígena en la medida en que permanece como tal y sólo así es posible reconocerle su grandeza, "y con la libertad de sus movimientos volvió a adquirir la gracia juvenil que tanta seducción daba a su lindísimo rostro" (43), de lo contrario es objeto de una burla encaminada a invalidar su ascenso social.

Se busca menos la modernización de la mano de obra y su conversión en individuos socialmente blancos, que un cambio de aquellos modos de explotación tradicional que no resultan productivos. Un cambio radical de su condición podría conducir a un reordenamiento social ya que "el día que esos dos millones sepan leer, hojear códigos y redactar periódicos, ese día invocarán tus principios de justicia e igualdad, y en su nombre acabarán con la propiedad rústica y serán los amos" (44). Para evitarlo se utiliza la violencia, pero ésta engendra más rabia, "y se sometieron por el rigor, como las bestias; pero creció su odio hacia los blancos" (45), y lo que pretende el discurso de Arguedas es limitarla sin reducir la servidumbre india. Hay que mantenerla pero con la suficiente racionalidad para que la opresión no se sienta como tal ni termine en una "guerra de castas".

El miedo a un enfrentamiento blanco-indio tal como se anunció durante y a partir de la Guerra Federal de 1899, se reactiva y aparece en la novela con la función de disculpar, e incluso justificar la crueldad del comportamiento del hacendado, "en apariencia son humildes porque lloran, se arrastran y besan la mano que les hiere; pero ¡ay de ti si te encuentran indefenso y débil!. Te comen vivo. No hay peor enemigo para el blanco, ni más cruel, ni más prevenido que el indio" (46). De este modo la crítica a terratenientes como Pantoja se contrae cuando está en peligro la propiedad y supremacías blancas, sirve como discurso político en un debate parlamentario en el que se repartan áreas de poder, pero no busca una transformación real de las condiciones rurales, ni siquiera de las nacionales. Hay descontento, pero éste desaparece cuando la reivindicación a favor de los sectores menos privilegiados de

la sociedad encuentra respuesta en ellos. Es, entonces, cuando se reduce el conflicto de la explotación del indio a uno de supervivencia blanca frente al peligro potencial que éste supone.

2.2.1.4. El indio de los intelectuales

A partir de lo expresado por Franz Tamayo y Alcides Arguedas, se puede establecer una imagen unificada de la subjetividad indígena. Sus opiniones resumen y, a la vez, modelan las expresiones sobre la cuestión india aparecidas en la prensa, boletines oficiales y ensayos:

1. El medio ambiente modela al indio. Las diferencias que acusa el indio frente a la población blanco-mestiza residen en las características del paisaje andino, así como en el ambiente social creado por los hacendados que le fuerza a buscar venganza a través de la violencia. No contando con la justicia del Estado, los indios recurren al homicidio para deshacerse del patrón que ha matado y mata a los suyos. Al mismo tiempo las cualidades telúricas del paisaje incrementan la crueldad de toda expresión social indígena.

2. La brutalidad del crimen indígena se debe a la violencia con que el ser humano actúa en medios sociales y ambientes extremos. En su estado puro el indio, como sus antepasados, ama la justicia y es culto y generoso, pero en la actualidad vive explotado por los terratenientes y sin posibilidades de obtener la justicia del Estado que haga frente a los abusos, con lo que tiene que recurrir a sus propios actos de venganza. El indio, entonces, retorna a un estado natural que lo invalida para obtener los atributos de ciudadano, y, por lo tanto se convierte en un ser al que se debe explotar o proteger. Como su violencia es resultado de un orden social que lo bestializa, la solución para hacerlo útil a las exigencias laborales es tutelarle por medio de una educación adecuada y no establecida por él.

En resumen, los indios son tratados de modo clemente

y humanitario no porque se haya tomado conciencia de lo trágico de su explotación sino porque ellos ponen de manifiesto los peligros que puede traer una conducta irresponsable por parte de los hacendados. Las alusiones a su degeneración justifican y explican que no se les pueda dar la categoría de ciudadanos porque ya en nada se parecen a sus antecesores incas. Se valora al indio en el pasado, no en el presente, porque se considera que a causa de los abusos que ha experimentado lo que queda de él es algo desvirtuado y corrompido, por lo que es imposible retomar su estado de grandeza anterior que le hubiera permitido ser considerado como un igual. Para que en un futuro esto pueda ser posible es necesario llevar primero una tarea de mejora del indígena.

En Raza de Bronce no se plantea el modo de su integración como si sucede en Pueblo Enfermo, donde al igual que el en texto de Tamayo, Creación de la Pedagogía nacional, se insiste en que el indio debería ser gradualmente integrado a la civilización bajo la guía de gobernantes ilustrados que finalmente erradicarían cualquier resgo de la cultura india en la nación moderna. Sin embargo, en ningún caso se abogaba por la reorganización de Bolivia a través de la revaluación de su cultura precolombina, de manera que el pasado histórico indígena se convirtiese en la característica integral de una nación nueva, tal como si ocurre en una de las modalidades del indigenismo peruano (47). Sólo se favorece una instrucción indígena que se base en un conocimiento disciplinado y sistemático del carácter del indio. Esto se esboza en un programa de reivindicación cultural que permite ver como los intelectuales bolivianos progresistas de principios del siglo XX estaban más preocupados por el estancamiento económico de su país y de las consecuencias que esto podría tener en el ordenamiento de jerarquías sociales que por los abusos cometidos contra el indio. A pesar del discurso de comprensión hacia él, este grupo lo consideraba como un estorbo, una barrera al progreso aún mayor que la oligarquía terrateniente tradicional. De ahí que se le terminara culpando del estado de atraso de Bolivia y se le negaran los atributos de ciudadano, hasta

el punto de que el debate sobre qué hacer con el indio se redujó, en última instancia, a informar a un público urbano acerca de una realidad poco comprendida y a mostrarle la imagen de un indio que con su comportamiento confirma la supeditación en la que vive.

2.2.2. Propuestas sobre el mestizo

"¿Qué hace el indio por el estado?

Todo

¿Qué hace el estado por el indio?

¡Nada!" (48)

El problema del mestizaje y del destino, funciones y cualidades del mestizo es ampliamente discutido en los textos trabajados, siendo incluso éste el tema que articula el debate sobre qué hacer con los indígenas. Por esta razón las reflexiones que se van a exponer aquí son únicamente las que se refieren a cómo se trata de evitar por un lado la conversión del indio en mestizo y por otra el control de la capacidad electoral de este último a través de la invalidación de lo indio. Todo ello en el marco de un conflicto intra-élites que ven en la suspensión de las aptitudes de los grupos subalternos una oportunidad para concretarse como grupo privilegiado.

2.2.2.1. El indio no debe convertirse en mestizo

Tanto en el ensayo de Arguedas como en el de Tamayo la importancia del indio queda desplazada por la del mestizo en el sentido de que si éste quiere sobrevivir tiene que mestizarse. La exigencia de misegrenación aparece como el único medio del proceso de homogeneización racial y transacción histórica entre la España conquistadora y la América india. Este hecho no se interpreta como progreso social sino como solución a un duelo entre razas que está desgastando la definición nacional de Bolivia. De ahí que Tamayo insista en que al mestizo le está reservado el destino de ser la raza homogeneizadora de la nación, y Arguedas admita que hasta el cholo puede llegar a cultivarse y ser un factor de progreso, siempre

y cuando se dé un proceso previo de aculturación de indios y mestizos.

Estas intenciones se contradicen a la hora de enfrentarse al indio real y no a uno idílico transformado mediante la reforma educativa. Arguedas aduce que, a consecuencia de la ubicación geográfica de Bolivia, el elemento étnico no se renovó, de manera que "los elementos dominantes de la raza, indios y cholos fueron desalojando paulatinamente, y no obstante los prejuicios de casta de las clases superiores, la poca sangre europea que quedó en los comienzos del siglo" (49). El indio invadió todas las esferas sociales, "y por lo mismo se nota cierta flojedad y decadencia en esas cualidades" (50). Al no existir renovación en los grupos étnicos componentes del país éstos han ido descendiendo en grado cultural, de tal manera que se puede afirmar que el origen del fracaso nacional de Bolivia, o mejor, de su retardada conformación reside en la presencia india.

En la medida que se ha establecido un intercambio con la raza blanca, el indio la ha degenerado: "ha venido desplazando, sumergiendo y desnaturalizando el núcleo racial del elemento ibero, que, ahogado por el empuje incontenible de la masa mestiza, ha ido perdiendo sus cualidades para heredar las de la raza sometida, menos apta que la otra" (51). Se ha expandido el espíritu sumiso y avasallable de las "turbas" indígenas incapaces de guiar por sí mismas sus propios deseos, "y todo se ha ido acholando, aplebeyándose, ordinariándose como todo se achola y se ordinaria en Bolivia desde hace muchos lustros, o desde la colonia, en suma, pues, repito igualmente, es el mestizaje el fenómeno más visible en Bolivia, el más avasallador y el único que explica racionalmente y de manera satisfactoria su actual retroceso" (52).

El odio de Arguedas al mestizo es, en última instancia, aversión al indio, miedo a que pueda transformarse en mestizo y aspirar a los derechos y privilegios del blanco-criollo. Mientras el indio permanece como tal es controlable, ya sea mediante un discurso de exaltación de la cultura incaica o mediante otro que justifique su estado de penuria por su

carácter criminal. Pero en el momento que aspira a cambiar de posición y adquiere caracteres sociales mestizos, se hace inválido, y, por tanto, responsable del retroceso nacional. Con esta apreciación, Arguedas anula también al mestizo como persona idónea para la dirección del país puesto que reúne todos los vicios que redundan en la decadencia del indio. Al calificarle de holgazán, perezoso y alcohólico le está negando su presencia en diferentes encarnaciones, bien sea como gobernante, legislador, magistrado, industrial y hombre de empresa. Si al indio le teme es porque puede llegar a cholo, y a éste le rechaza porque es indio, "somos productos del pasado, porque nada engendra nada y las tendencias taradas se pagan" (53). Y este rechazo conlleva una negación a acomodar la realidad de la diferencia cultural dentro del país.

Frente a las posiciones de Arguedas, Tamayo rescata la utilidad del indio en un proyecto de progreso que puede dar a la élite instrumentos para consolidarse. No le rechaza, al contrario, exalta su resignación, trabajo y "las admirables condiciones de sus costumbres, de su naturaleza física y moral que hacen de él uno de los factores humanos más ricos y considerables que puede ofrecer la historia" (54), con la idea de invertir el proceso de indio a cholo en de cholo a indio. Si Arguedas invalida al mestizo por tener sangre india, Tamayo lo valora por esa misma razón. Pero no se trata de una valoración positiva sino de la causa de que se sirve este autor para justificar su necesidad de instrucción. De esta manera llega a la misma conclusión que Arguedas, es decir, a invalidar la capacidad electoral del cholo y por tanto a discutir su presencia política.

2.2.2.2. El control de la capacidad electoral del mestizo. La Candidatura de Rojas de Armando Chirveches

Si para Arguedas "son los gobernantes cholos, con su manera especial de ser y de concebir el progreso quienes han retardado el movimiento de avance de la República, ya no únicamente en su aspecto institucional, sino también en sus

modernización nacional ya que únicamente actuaron como mecanismos de ascenso. Los principales beneficiados eran los "cholos" que, a través de una utilización poco escrupulosa del sistema político y valiéndose de sus antecedentes militares caudillistas, desarticulaban los esfuerzos organizadores del poder central e imponían un orden arbitrario y familiar. Para probar la incesante reproducción de la corrupción política, Chirveches en tono de sátira reconstruye los pasos que da un individuo para obtener el reconocimiento social necesario que le permita vivir con holgura. Se trata de un sujeto perteneciente a una familia acomodada pero sin los medios que le garanticen el disfrute eterno de sus privilegios. La solución planteada es hacerse diputado ya que ésta actividad permitía, a quién la ejerciera, el tiempo necesario para dedicarse a lo que quisiese, al tiempo que gozar de un emolumento regular, obtener aplausos, llamar la atención pública y merecer "grandes consideraciones por pasar algunas horas sentado en un sillón forrado con cuero de Córdoba, en un elegante local en el que abunda el terciopelo de seda entre altas columnas de doradas cornisas, en el que se puede hablar cualquier tontería con aire de sabio" (58). Pero para lograr ese cargo político resultaba imprescindible contar en primer lugar con influencias familiares:

"merced a las numerosas influencias que poseo en esta provincia y a la posesión espectacular que ocupo podría trabajar con posibilidades de éxito a fin de que fueras elegido representante por el próximo periodo legislativo. Sólo es cuestión de incluir tu nombre en alguna candidatura, ya sea oficial o de la oposición, que lo mismo da, porque creo asegurado el triunfo, no obstante lo cual, no estaría de más ponerse de acuerdo con las autoridades, para que la victoria fuera más fácil" (59).

Una segunda condición era escoger el partido donde afiliarse. Aquí sólo existían dos opciones, o acogerse al gobierno o marcharse a la oposición. En ningún caso resultaba ventajoso presentarse como independiente debido a que la circulación de las élites estaba regulada por un sistema

bipartidista que resumía la dicotomía: élite del poder y desposeídos de la élite. La elección de un partido no dependía de criterios ideológicos sino de las vacantes. Se era conservador o liberal dependiendo de que los jefes de esos partidos necesitasen candidatos y de que se tuviera segura la adhesión de gran parte del vecindario de la provincia que se quería representar en el Congreso. Por ésta razón, el protagonista de la novela, Enrique Rojas y Castilla, opta por la oposición una vez que el Ministro de Gobierno le ha informado de que no puede patrocinar su candidatura porque ya tenía un compromiso previo. Esta situación manifiesta que "aunque las constituciones sostengan que ciudadano es el individuo apto para elegir y ser elegido, en definitiva sólo se elige a aquellos que son impuestos por las clases directoras, por la aristocracia del dinero y la aristocracia del poder" (60).

Una vez decidido el partido, había que organizar la campaña electoral en la que convenía pronunciar muchos discursos, prometer caminos de herradura y caminos carreteros, vías ferreas, puentes y calzadas sobre ríos, mejoras en el alumbrado y redes telegráficas en todos los villorios, al tiempo que la disminución de impuestos dado "...que prometer no cuesta mucho" (61). Pero a los electores no sólo había que convencerlos con promesas sino con dinero que solía ser desembolsado por los parientes del candidato que planeaban beneficiarse con su elección. Como Enrique Rojas no era un candidato oficial sino de la oposición, se daba por supuesta su integridad, se le consideraba "un estadista que iba hacia el sufragio, esa cúpula grandiosa de la libertad, ese torneo del derecho, con el corazón abierto de par en par y ofrecía a sus electores ferrocarriles, caminos y telégrafos, a cambio de sus votos" para reconstruir "la libertad burlada miserablemente por los mandarines de la provincia" (62). En esa tarea le ayudaría un periódico llamado "La Voz del Pueblo", a través del cual el candidato podría combatir a su adversario. Este se llamaba Manuel María Garabito, cuyos familiares desempeñaban todos los puestos públicos de justicia y poder más importantes de la provincia.

Enrique Rojas se enfrentaba contra el poder provincial de una familia que habia desplegado todo tipo de estrategias para impedir que el gobierno interviniera en el control de su territorio. El origen de su hegemonia provenia del periodo caudillista gracias a cuya inestabilidad y guerras el fundador de la familia habia podido enriquecerse y adueñarse de la región colocándo a todos sus parientes en los puestos que contribuyeran a ampliar la influencia del grupo familiar. Su conducta fue en todo momento deshonesta y abusiva, especialmente con la población indigena que se veia degradada por las usurpaciones de tierras a la que la somete el clan Garabito. En esta farsa electoral, su candidato era, por tanto, el candidato de la facción popular que se dedicaba a obtener votos repartiendo dinero y alcohol entre los mestizos. En contrapartida, Enrique Rojas decia representar al elemento aristocrático del lugar, es decir, a los grandes propietarios rurales de la provincia que llevaban a sus colonos a votar. Sólo en ese momento era necesario y permitido considerar a los indios-peones como ciudadanos, cosa que ocurría si demostraban escribir dos nombres, el suyo y el del candidato que iban a votar. De manera que la responsabilidad de la gestión política local dependia de "individuos incapaces de votar por otra persona ni de vender su voto, puesto que a duras penas sabian trazar el nombre del candidato impuesto por el patrón" (63) y de individuos a los que se compraba con alcohol, ya que "en Sud América en general y en Bolivia, en particular, el mejor elector es el alcohol, de suerte que los representantes del pueblo sólo representan, en muchísimos casos, el fabricado por una casa alemana o por una de Perú" (64).

Realizada la votación venia el escrutinio de los votos que solia realizarse en medio de una atmósfera de altercados donde se cruzaban injurias entre los individuos de los grupos contendientes, "alzaronse los bastones, se arrancaron los revólveres, un tiro fue a deshacer una de las colmenas que con tanto trabajo habian construido las abejas de la torre de la iglesia y se armó una descomunal batalla de palos y golpes que habria terminado desastrosamente" si no hubiera comenzado

a llover (65). El resultado final de la campaña es la derrota electoral de Enrique Rojas a causa de los votos fraudulentos. El fracaso en la vida política le decide a contraer matrimonio con su prima Inés para dedicarse a la agricultura, tal como le venían aconsejando sus parientes:

"Esc no ha perdido el tiempo estudiando para abogado ni dedicado a literaturitas, ni a amorcillos, lo ha consagrado a la agricultura, que cómo tú sabes, es la principal fuente de riqueza" (66).

La vida en el campo asume para los protagonistas de la novela todos los valores de la vida sencilla, llena de sinceridad e inocencia, contrapuesta a una vida urbana caracterizada por el fraude y la insidia. El medio rural rescata al protagonista de la frivolidad del medio político, le ofrece escapar de la coacción de la sociedad mestiza, sin perder sus privilegios y superioridad que le distinguen del resto de individuos incivilizados. Pero la índole ilusoria de esa utopía campesina se basa, en última instancia, en que si bien sus representantes querrian llevar una existencia campestre sana y pura, quisieran, a la vez, conservar y participar en todos los refinamientos del trato humano que imponen las nuevas relaciones de poder y la modernización que éstas conllevan. Ese hecho explica por qué la idealización de la vida agraria se conciliaba bastante bien con el desprecio a los campesinos-indígenas y con una cierta aversión a la vida del campo, tal como era en realidad.

La función de la vida campestre era actuar como contrapartida del fracaso electoral para preservar el patrimonio social y moral del terrateniente. Se trataba de no quedar fuera de la redistribución de privilegios. Ante el peligro de no lograr una integración con éxito, se imponía un fuerte desprecio y crítica hacia esos grupos sociales que surgían y se asimilaban a las nuevas circunstancias. Se denigraba la situación política por parte de aquellos que estaban excluidos de ella y consideraban que sus antecedentes de clase les daban pleno derecho para diseñarla. En este sentido, el rechazo de

Chirveches a lo mestizo-cholo no significó que ese grupo social estuviese realmente imponiéndose en la configuración del Estado, sino que otros sectores de la élite lograron convertirse en hegemónicos dentro de su clase gracias a esa participación chola. La élite vencida no tenía, entonces, otra opción que acusar a la vencedora de mostrar un comportamiento desleal, es decir, aparentemente antioligárquico y favorable al ascenso popular.

El enfrentamiento intra-élites no tiene un carácter frontal sino que depende de un sujeto ajeno a ellas al que considera como culpable. Los elegidos para ésta función son el indio y el mestizo. El primero con su incapacidad impide el progreso y el segundo lo corrompe. Esto sin olvidar en ningún caso que ellos actúan en el conflicto al margen de sí mismos, son actores sin voluntad con los que se agrede una y otra vez al grupo dominante. La dicotomía de la élite entre la afirmación de un nuevo orden y la negación de cambios sociales estructurales es sólo una resistencia a admitir que una parte de sí misma tiene que sacrificarse ante la necesidad de una remodelación que, considerada a largo plazo, confirme las condiciones de desarrollo y conservación del grupo privilegiado. Debido a esto el terrateniente idealiza el medio rural porque representa el espacio de su poder, un espacio amenazado por una nueva normativa de progreso dentro de la élite que le obliga a participar en política si no quiere dejar de ser parte del poder local. Con esto no se quiere decir que los hacendados no interviniesen antes en la vida pública, sino que el campo, a medida que se afianza una política estatal centralizadora, va convirtiéndose en un espacio más codiciado. Los competidores por ocupar un lugar en el medio rural eran cada vez más y eso conllevaba una generalización del uso de medidas coercitivas y de captación de adeptos que antes era un coto limitado. Así, cuando Chirveches presenta los abusos de la familia Garabito no critica sus técnicas de extorsión, sino que se lamenta de que éstas se hayan colectivizado y puedan ser utilizadas por grupos que arrinconen a los tradicionales detentadores del control rural. A éstos los ridiculiza por no

saber adecuarse con éxito a las nuevas circunstancias.

Veámoslo más en detalle. El jefe del clan Garabito, "un corpulento mocetón de barba rala y cobriza", fue hijo natural de una mujer de pueblo y nació en el Altiplano paceño. Después de una niñez llena de "privaciones y raterías" sienta plaza en el ejército como tamborilero. A eso sucede un ascenso rápido al que ayudó su carácter:

"...su moral era la de su madre, una mujerzuela, y la de la gente de tropa de aquellos tiempos en que todo era permitido a los liberales: robar, saquear, matar y después del combate, ultrajar a las mujeres en el yermo altiplano y desflorar indias, cuando el jefe ordenaba el rebusque" (67).

Enseguida comenzó a hacer dinero y a incluir a su familia en los beneficios de sus actividades. De manera que "pronto hubo una aristocracia de Garabitos. Manuel María y José Garabito, militares; Enrique, Patricio y Manuel, abogados; Justo, cura; y Víctor, holgazán" que "se adueñaron de los destinos públicos" y sumieron a la provincia en un clima de terror que quedó impune porque la justicia en primera instancia debía dictarla un miembro del grupo. Este dominio territorial se completó cuando el gobierno delegó en Manuel María Garabito su representación.

La rivalidad con el protagonista de la novela es la contienda entre los antiguos detentadores de los privilegios y ahora excluidos de la acción política y aquellos otros que han sabido servirse de los sectores subalternos para imponer sus condiciones de dominación. Se trata de un ejemplo de la lucha de competición de los grupos elitistas por las oportunidades de poder. La reivindicación de lo indio, expresada como ataque a la degeneración mestiza, es parte de lo mismo ya que constituye una forma de invalidar la base de poder de la élite hegemónica, de deslegitimarla a través de su irresponsabilidad:

"...indios opulentos fueron robados y victimados de la manera más cruel. Los asesinos que habían penetrado a las casas de éstos, armados hasta los dientes, marcharonse con el dinero del labrador indígena, ahorrado durante muchísimos años de trabajo, real por real, dejando a los hombres muertos y a las mujeres horriblemente ultrajadas" (68)

Por tanto, si el conflicto de una oligarquía destituida es fruto de la desigualdad en la distribución del poder, su hostilidad hacia la oligarquía triunfadora es también una manera de reconocer que ambas forman parte de un proceso irreversible, al que se critica en la medida que no se ha obtenido un buen lugar en él.

En resumen, Franz Tamayo, Alcides Arguedas y Armando Chirveches, al igual que otros escritores, de la época, no sólo tomaron parte en el debate sobre qué hacer con el indio sino que fueron modelados por el mismo, llegando a sintetizar y definir del modo más polémico los esfuerzos por conocer y normalizar la presencia de la población indígena en la comunidad nacional. Con su obra, el propósito de la élite boliviana en el gobierno vió redondeado su proyecto de reconstrucción como grupo sin tener que resolver las exigencias de conformación nacional vertidas por otros sectores sociales. Y esto sucedió porque en dicho debate el sujeto o la causa que explicaba las deficiencias y características de Bolivia era ahora el indio. Esa discusión sobre qué hacer con él, pretendía entretener el descontento e insatisfacción de aquellos bolivianos que pedían un proyecto hegemónico de construcción de una nueva identidad o comunidad nacional, tal como se había expresado en los programas del Partido Liberal. El desinterés que la élite manifestaba por ese propósito quedó encubierto por una interpretación del indio como el principal obstáculo para que tales anhelos se materializaran. Si no se producía el progreso ni la modernización de Bolivia era sobre todo porque existía un sustrato de población incapaz por sí mismo de adaptarse a los imperativos de un país competitivo a nivel internacional. De ahí que la discusión entre indio criminal e

indio víctima se reprodujera sin perder actualidad. Mientras la élite necesitase trasladar las rentas del país a su propia reproducción, y uno de sus mecanismos fuese la apropiación de tierras en el Altiplano, la polémica sobre el indigena estaría presente bien para justificar los actos de los grupos dominantes, o bien para reubicar al indio en actividades laborales que disminuyeran su amenaza y le tornaran productivo al proyecto de reconstrucción de la élite.

Indios y mestizos sirven, entonces, para dirimir el resultado de las competencias en el interior de la élite, pero son anulados en la medida que pueden conformar su oposición o formar parte de su plantel de reclutamiento. Sus demandas ponen en peligro los privilegios del grupo dominante por el hecho de pretender apropiarse de los títulos y formas que constituyen su singularidad. En vista de ello, los individuos comprometidos no pueden conservar su posición, su especificidad y su rango si no es a condición de la separación social con quienes les siguen inmediatamente en la jerarquía. De ahí la necesidad de lograr objetivamente la desvalorización de los pretendientes a sus privilegios. Esto lo obtienen mediante un régimen de partidos políticos cuya función es poner límites a la competencia, y con ello a las transformaciones de posición social que aquella no dejaría de ocasionar. Las reglas formales del sistema partidario sirven, por tanto, para proteger a la élite del exterior, y no tanto frente a los grupos subalternos como frente a otras fracciones de su misma clase o frente a los "advenedizos" de su propia fracción (69). Estos utilizan el desencanto indigena y mestizo y la amenaza de su movilización para iniciar una negociación y un reordenamiento de los privilegios sociales. Pero el descontento ante la política gubernamental se reduce si no a invalidar la categoría ciudadana de indios y mestizos si a posponerla en espera de la mejora de sus condiciones intelectuales. De esta forma las exigencias de construcción nacional se diluyen en protestas étnicas que ven en la raza la causa del atraso boliviano.

En consecuencia, en el discurso académico, los sectores subalternos son los promotores de su propia margina-

ción al dar razones que justifican y legitiman que sean otros grupos de la sociedad los encargados de dictaminar su papel social. Mediante un proyecto de reforma educativa que asegure un orden jerarquizado, se reduce la devaluación del prestigio social que sufrirían las élites por la competencia de otros sectores. Esta estabilidad permite una cooptación social que no pone en peligro la restructuración del bloque dominante. El discurso de reivindicación indígena es, por tanto, no sólo una plataforma sobre la que se establecen divisiones ideológicas entre los partidos políticos sino también una forma de garantizar el orden existente.

NOTAS

(1) "Por la raza indígena", El Comercio, La Paz, 19 de septiembre de 1900.

(2) "Sublevaciones", El Comercio de Bolivia, La Paz, 10 de marzo de 1900.

(3) TAMAYO, Franz. Creación de la pedagogía nacional, ed. Juventud, La Paz, 1986, p.61.

(4) Los tres autores seleccionados nacieron en el Departamento de La Paz entre 1879 y 1881. Alcides Arguedas y Armando Chirveches pertenecieron a familias criollas de ascendencia española mientras que Franz Tamayo tuvo una madre aymara. Las tres familias tuvieron problemas políticos bien por su adscripción al Melgarejismo o sus simpatías con los conservadores. Esto favoreció que la mayor parte de la infancia de los tres escritores transcurriera junto a los indios de las haciendas que poseían sus padres. En la Universidad pertenecieron a círculos literarios y se graduaron como abogados aunque prefirieron ejercer como periodistas. Esta profesión les obligó a exiliarse a Europa donde entraron en contacto con las corrientes intelectuales del momento. De regreso a Bolivia pretendieron participar en la vida pública del país, pero los ofrecimientos del liberal Ismael Montes no satisficieron sus expectativas con lo que después fundar partidos propios y de corta vida, y de unirse a la oposición contra el gobierno, aceptaron por parte de este puestos diplomáticos. A excepción de Armando Chirveches que se suicidó en París en 1926, la obra de los otros dos autores evolucionó hacia el conservadurismo sin perder su acidez crítica.

Alcides Arguedas practicó el ensayo y la novela. Al primer género pertenecen Alma Boliviana, Páginas libres, Pueblo Enfermo, De cara a la realidad y La danza de las sombras; al segundo Pisagua, Wata-Wata, Vida criolla y Raza de bronce, entre otras.

Franz Tamayo escribió libros de poesía como Odas, La Prometheida, Los nuevos Rubayats, Scherzos u Scopas. Entre sus ensayos destacan Creación de la Pedagogía Nacional, Los fundamentos de la filosofía del derecho en Schopenhauer, El duelo y Horacio y el Arte Lírico.

Armando Chirveches escribió obras poéticas, novelas y obras jurídicas. Ejemplo del primer género son Lili, Noche estiva, Cantos de primavera y Añoranzas; del segundo La Candidatura de rojas, La casa solariega, La virgen del Lago y Flor del Trópico y del tercero Nociones de Derecho Internacional Privado.

(5) No se pretende una definición clasificatoria de las categorías indio y mestizo. Ambos términos son entendidos como bloques cerrados que si bien hacen mención a realidades muy

complejas pueden sintetizarse según el valor que Franz Tamayo, Alcides Arguedas y Armando Chirveches les dan. Por tanto, indio será sinónimo de campesino comunario vinculado a una hacienda del Altiplano y mestizo equivalente a cholo urbano de extracción social baja, migrante desarraigado del campo y con aspiraciones a formar parte de la vida política del país a través de la Administración Pública.

(6) Se trata de un concepto englobador de aquellos sectores sociales que poseen poder político y económico y de aquellos otros que constituyen su margen de reclutamiento y reserva. Cuando se habla de élite se hace referencia a grupos heterogéneos, aún no consolidados como clase aunque compartan una herencia corporativa. Son grupos de poder diversificado que se extienden en todos los aspectos del proceso de desarrollo y que gestionan intereses muy variados.

(7) A este respecto resulta interesante el trabajo de Deborah A. POOLE, "Ciencia, peligrosidad y represión en la criminología indigenista peruana" en Charles WALKER y Carlos AGUIRRE (comp.), Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVII-XX. Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1990.

(8) Los textos de estos tres autores encarnan las preocupaciones de un periodo de debates sobre cuestiones nacionales iniciado por Rigoberto Parodés con la Política Parlamentaria de Bolivia (1908) y desarrollado después por Tejada Sorzano, Después de la Crisis (1909) y Bautista Saavedra, La Democracia en nuestra Historia (1921).

(9) Sobre la militarización del indio: "...tanto en la campaña del 79, así como durante nuestras vergonzosas contiendas fratricidas, no se ha pensado ni remotamente en utilizar sus servicios (...) Probado está que las indadas moralizadas y bien dirigidas, morigeran su carácter, demuestran indole apacible y cumplen con los deberes que se les imponen". El Comercio de Bolivia, La Paz, 20 de mayo de 1900.

(10) ARGUEDAS, Alcides. Pueblo Enfermo, Cd. Juventud, La Paz, 1988, p.X.

(11) TAMAYO, Franz, 1986, p.14.

(12) GRJESHABER, Erwin. "Resistencia indígena a la venta de tierras comunales en el Departamento de La Paz". Data, no.1. La Paz, INDEEA, 1991.

(13) RIVERA CUSICANQUI, Silvia. "Rebelión e ideología: lucha del campesinado aymara del Altiplano boliviano, 1910-1920". en Historia boliviana, no.1-2, Cochabamba, 1981.

(14) AGUIRRE, Nataniel. Redactor del Congreso Nacional, 1971.

(15) Franz TAMAYO, Creación de la pedagogía nacional, p.16.

- (16) ALBARRACIN MILLAN, Juan. El gran debate. Positivismismo e Irracionalismo en Bolivia, ed. universo, La Paz, 1978, p.153.
- (17) ARGUEDAS, Alcides, 1988, p.71.
- (18) Ibidem, p.VII.
- (19) Ibidem, p.31.
- (20) TAMAYO, Franz, 1986, pp. 181-182.
- (21) Ibidem, pp.8-9.
- (22) Ibidem, p.47.
- (23) Ibidem, p.58.
- (24) Ibidem, p.64.
- (25) Ibidem, p.66.
- (26) Ibidem, pp.69-70.
- (27) Ibidem, p.88.
- (28) Ibidem, pp.126-127.
- (29) ARGUEDAS, Alcides, 1988, p.37.
- (30) Ibidem, pp.45-49.
- (31) Ibidem, p.56.
- (32) Idem.
- (33) KRISTAL, Efrain. Una visión urbana de los Andes. Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú, 1848-1930. Lima, Instituto de apoyo agrario, 1991, p.26.
- (34) Ibidem, p.25.
- (35) Vease Silvia RIVERA CUSICANQUI, "La expansión del latifundio en el Altiplano boliviano: elementos para la caracterización de la oligarquía regional" en Avances, no. 2, La Paz, 1978. Roberto LAURA, Constitución de la oligarquía de La Paz, 1870-1900. Tesis de Licenciatura de Sociología por la UMSA. La Paz, 1988.
- (36) Ibidem, p.91.
- (37) Ibidem, p.92.
- (38) Ibidem, p.171.
- (39) Idem.

- (40) Ibidem, p.177.
- (41) Ibidem, p. 181.
- (42) Ibidem, p.164.
- (43) Idem.
- (44) Ibidem, p.211.
- (45) Ibidem, p.124.
- (46) Ibidem, p.210.
- (47) KRISTAL,Efrain. 1991, p.27.
- (48) TAMAYO, Franz, 1986, p.58.
- (49) ARGUEDAS, Alcides, 1988, p.81.
- (50) Ibidem, p.106.
- (51) Ibidem, p.308.
- (52) Ibidem, pp.328-377.
- (53) Ibidem, p.252.
- (54) TAMAYO, Franz, 1986, p.163.
- (55) ARGUEDAS, Alcides, 1988, p.81.
- (56) TAMAYO, Franz, 1986, p.56.
- (57) ARGUEDAS,Alcides, 1988, p.77.
- (58) CHIRVECHES, Armando. La candidatura de Rojas, ed. juventud,
La Paz, 1988, p.18.
- (59) Ibidem, p.12.
- (60) Ibidem, p.16.
- (61) Ibidem, pp.56-57.
- (62) Ibidem, p.78.
- (63) Ibidem, p.183.
- (64) Ibidem, p.16.
- (65) Ibidem, p. 188.
- (66) Ibidem, p. 207.

(67) Ibidem, p. 94.

(68) Ibidem, p. 96.

(69) BOURDIEU, Pierre. La distinción. Madrid, Taurus, 1988.